

La lectura del Evangelio de hoy es nuestra excitación, nuestro entusiasmo en la celebración de la Pascua, en la celebración de la resurrección del Señor Jesús, y lo examina en términos de nuestra vida cotidiana. Algunos dirían que nos devuelve a la realidad. Esta lectura además de recientes acontecimientos en nuestro país y el mundo nos hacen pensar en la relación de nuestra fe a las dudas y crisis.

Es muy, muy fácil ser una persona de fe cuando todo va bien. Cuando la vida es sin ninguna crisis profundas, cuando las cosas más difíciles que tenemos que aceptar son las muertes de los padres ancianos y la hospitalización por enfermedad como la apendicitis, es fácil para cada uno de nosotros ser una persona de fe. Pero cuando una crisis rasga nuestros corazones y confunde a nuestra mente, como cuando la gente que admiramos y en quien confiamos y todo lo que creíamos parecen falsos, entonces podemos sentir nuestra fe decayendo. Muchas veces entramos en un período de ira hacia Dios y un tiempo de dudas. La ira y la duda, sin embargo, no significan que hemos perdido nuestra fe. Indican simplemente que estamos siendo llamados a una fe más profunda.

Era fácil para los discípulos creer en el Señor cuando sintieron el nivel de introspección y profundidad de sus palabras, cuando fueron testigos de sus curaciones, cuando vieron sus milagros. Pero era mucho más difícil para ellos creer después de que él había sido llevado para ser matado. Era más difícil para ellos creer cuando se dieron cuenta que ellos también podrían ser matados por ser sus seguidores. Aunque al tiempo de la muerte de Lázaro, Tomás había dicho a los otros, «Vayamos también nosotros a morir con él», sus palabras valientes como la negación de Pedro ilustraron la expresión a menudo usada, «Es más fácil decirlo que hacerlo».

Después de que Tomás había sufrido la crisis de la crucifixión, él no se podía traer a sí mismo a creer en la resurrección. Había debilitado su fe en Dios y en sí mismo. Al igual que los otros discípulos especialmente elegidos, quien más tarde serían llamados apóstoles, como Pedro, Santiago, Andrés, Bartolomé, Simón y los otros, Tomás había huido y se había escondido. Ni en el juicio de Jesús ni en la colina Gólgota fue encontrado Tomás. Él tenía demasiado miedo de recordar las promesas del Señor. Pero su fe fue restaurada cuando vio al Señor. En este punto Jesús le dijo a Tomás acerca de una fe mayor que su fe nueva encontrada, una fe a la cual Jesús nos ha llamado a ustedes y a mí. El Señor miró a Tomás y luego miró a través de los siglos a nosotros y dijo, «. . . dichosos los que creen sin haber visto».

Cuando una crisis nos golpea, todos nosotros oramos por la liberación: «Dios, por favor proteja mi esposa, mi marido, mi hijo». «Señor, por favor guárdenos seguro». Con cada vez mayor urgencia, nosotros suplicamos a Dios, quizás incluso negociamos con Dios: «Señor, si protegieras a mi familia, yo prometo ser absolutamente fiel a ti. Yo dedicaré más tiempo en oración y adoración» En tiempos como éste recordemos la insistencia de Pedro, «Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré» (San Mateo

26:35). Cuando llega la liberación, sentimos que nuestra fe es fuerte. Está todo bien y en orden, pero cuanto mayor es nuestra fe cuando nos agarramos al Señor aun cuando nuestras oraciones parecen sin respuesta. «. . . dichosos los que creen sin haber visto».

No debemos sentirnos malos, sin embargo, sobre una crisis en fe. Debemos reconocer que aquellos tiempos nos recuerdan que somos muy humanos. También debemos darnos cuenta que una crisis nos puede llevar a una fe aún más fuerte. Lo que nos desafía a menudo nos fortalece. Cuando podemos decirle al Señor, «Yo te amo y creo en ti a pesar de las veces que he estado inseguro acerca de ti», en tal tiempo sabemos que tenemos una fe más profunda de la que teníamos antes de que nuestra fe fue desafiada.

Recuerdo muy bien una crisis en mi propia fe aunque ocurrió hace más que sesenta años cuando yo tenía diecinueve años. El hombre que había sido mi modelo cuando yo estaba creciendo y el pastor actual tuvieron, como solíamos decir, una pelea, y el hombre al cual yo había querido ser parecido ya no iría en el edificio de la iglesia. Además, el vicepresidente de la universidad cristiana a la cual asistí y la secretaria del presidente, que también estaba casada, se fugaron, él abandonando a su esposa e hijas y ella abandonando a su marido. Pensé que si la gente que yo admiraba y a las cuales quería parecerme actuaron de esta manera, entonces ¿en quién y en qué podría yo confiar. «¿Cómo podría esto pasar?» me pregunté, como Marta y María le preguntaron a Jesús cuando Lázaro murió.

En tiempo, después del choque inicial y angustia, reconocí que Dios está presente en nuestras dudas y pruebas aun más que en nuestros tiempos de paz y tranquilidad, y después de mis luchas con mis pensamientos, encontré que yo podría creer en Dios. Mi fe ahora está basada no sólo en mi experiencia de los buenos tiempos, sino también en mi elección considerada de creer en Dios. La crisis, mientras no causada por Dios, me llevó a una fe más profunda de la que yo tenía antes, y estoy agradecido de que mi fe fue probada antes de que yo fuese responsable a una esposa e hijos.

Sin tener en cuenta cuando la duda y la ira hacia Dios ocurran, no debemos perseguirnos o torturarnos a nosotros mismos. La duda y la ira son parte de ser humano. La persona que reconoce que Dios ciertamente está presente incluso en el tiempo de la ira y la duda y la confusión es una persona cuya fe ha crecido. Y así mientras esperamos y oramos hoy que Dios nos protegerá a nosotros y a nuestros queridos, también oramos que todos nosotros tengamos una fe madura para que podamos crecer a través de las crisis. Oramos hoy que todos nosotros seamos incluidos en esa frase del Señor: «. . . dichosos los que creen sin haber visto».

Material en esta homilía es usado con el permiso de su autor, el monseñor Joseph A Pellegino, Diócesis de San Petersburg, Florida.